

Carnatic, las cosas volverían al estado en que se hallaban antes de la guerra.

III. — La paz de Aquisgrán y la opinión pública en Francia (1748)

A medida que se prolongaba una guerra cuyo resultado no se preveía, la opinión se pronunciaba contra el marqués de Argensón, que no sabía ponerle término. Brulard de Puyseulx, estando en Breda de plenipotenciario, habíale acusado de blando y tímido; en la corte, Mauricio de Sajonia y los Noailles se ensañaban con él, y el primer jefe de los Negocios extranjeros, el abate de La Ville, tuvo con su ministro altercados, en los cuales le echaba en cara sus miramientos para con las Provincias Unidas. El marqués, considerándose en peligro, tuvo la idea extravagante de pedir ayuda al rey de Prusia; pero Federico, á quien nada importaban los apuros ajenos, le contestó que no tenía motivo alguno para meterse en los «asuntos de Francia.» De Argensón fué destituido en 10 de enero de 1747 y su desgracia no sorprendió más que á él, que nunca se consoló de ella. Sucedióle uno de los diplomáticos que más le habían difamado, el marqués de Puyseulx, poco antes militar y mariscal de campo, hombre muy al corriente de la corte, pero poco instruido, que ocultaba su insuficiencia bajo un «aire de sagacidad» que imponía, y que era un protegido de la nueva querida, la señora de Pompadour.

El partido de la paz engrosaba de día en día porque la guerra costaba muy cara. A pesar de lo peligroso que era establecer nuevos impuestos, dadas la miseria general y la actitud de los parlamentos, fué preciso crear en 1746 un impuesto de dos sueldos por libra adicionales al décimo; en 1747, otro de dos sueldos por libra sobre la capitación; en 1748, derechos sobre el sebo, las candelas, los papeles, los cartones, etc. El impuesto del uno por ciento que todo comprador de inmuebles había de pagar al rey, hízose extensivo á todos los actos translativos de bienes «reputados» inmuebles, tales como las rentas, los empleos, etc. Estos nuevos impuestos servían generalmente de prenda á empréstitos. Rápidamente se echó mano de todos los medios extraordinarios, emisiones de rentas, loterías, creaciones de empleos, y se aproximaba el momento en que se agotaría tan ruinoso recurso.

La opinión pública reclamaba la paz sin preocuparse de las condiciones en que se hiciera, porque, como se decía, ninguna paz podría ser peor que el mal presente. Por otra parte, la conquista de los Países Bajos, la toma de Berg-op-Zoom y la invasión de Holanda ponían á Francia en situación de proponer la paz á las potencias. Los ingleses también la deseaban y ya Mauricio de Sajonia y el duque de Cumberland habían entablado negociaciones. Los ministros ingleses designaron como plenipotenciario al conde de Sandwich, y éste y Puyseulx, que se habían conocido en Breda, convinieron en que procedía convocar un congreso en Aquisgrán.

Los plenipotenciarios que fueron nombrados en enero de 1748 y no se reunieron hasta abril, eran: por Francia, un italiano, el conde de Saint-Severin de Aragón, hijo de un ex ministro del duque de Parma, favo-

rito del príncipe de Conti, hombre listo y avezado á las intrigas; por la emperatriz María Teresa, el conde de Kaunitz; por España, don Santiago Massonas de Lina y Sotomayor; por Cerdeña, el caballero Ossorio; y por Holanda, el conde de Bentinck y el barón de Wassenauer.

Saint-Severin llegó á Aquisgrán con instrucciones que le recomendaban acabar lo más pronto posible y su posición era desembarazada, puesto que podía disponer de las conquistas realizadas por Francia y no pedía otra cosa que el restablecimiento del estado de cosas anterior á la guerra. Las potencias no podían creer en este desinterés tanto menos cuanto que la campaña en los Países Bajos se presentaba favorable á Francia. En efecto, en 15 de abril de 1748, Mauricio de Sajonia ponía sitio á Maestricht.

Austria é Inglaterra formularon sus demandas á Saint-Severin. La alianza inglesa sólo desventajas había reportado á Austria; los ingleses la habían inducido en 1742 á reconciliarse con el rey de Cerdeña, que le había quitado Tortona y Novara, y ahora parecía natural que reconociese la posesión de Silesia al rey de Prusia, lo que hacía que los austriacos se preguntaran si cada tratado exigido por sus aliados debía costarles una provincia y si una enemiga como Francia no sería más tratable que una amiga como Inglaterra. Pero en Francia subsistía la prevención contra Austria, pues Luis XV, al retirar su favor á de Argensón, no había desautorizado la política de ese ministro, y Puyseulx, como éste, estimaba en mucho la alianza con Prusia. Saint-Severin, por el contrario, se inclinaba al Austria, y de buena gana habría firmado con ella un tratado particular si no hubiese temido las tardanzas de la cancillería de Viena. Por otra parte, lo que principalmente interesaba á Francia era desarmar á Inglaterra, porque podía esperar de ella restituciones en América y porque la guerra por mar arruinaba al comercio francés; de aquí que Saint-Severin firmase, en 30 de abril, con Sandwich, un acuerdo en el que se hallaban inscritas las condiciones de la paz general que cada uno de los contratantes sometería á sus aliados; y en el caso de que éstos no las aceptasen, Francia é Inglaterra establecerían negociaciones prescindiendo de ellos.

Las condiciones consentidas entre Inglaterra y Francia eran la restitución recíproca de las conquistas en ambos mundos y el mantenimiento del estado territorial creado en Italia y en Alemania. Francia perdía las conquistas de Mauricio de Sajonia y Madrás, pero recobraba en América el Cabo Bretón y Luisburgo; además, reconocía la sucesión protestante en Inglaterra y se comprometía á expulsar de su territorio al pretendiente, conforme á lo pactado en el tratado de Utrecht. Austria debía ceder al infante don Felipe, hijo de Isabel Farnesio y yerno de Luis XV, Parma y Plasencia; garantizar al rey de Cerdeña la parte del Milanesado situada al Oeste del Tessino, desde el lago Mayor al Po, es decir, el Vigevanasco, una parte del Pavesán y el condado de Anghiera, y renunciar á Silesia.

No fué tarea fácil hacer aceptar estas condiciones por María Teresa; bien es verdad que se le daba satisfacción en un punto al establecer que se confirmaría la Pragmática y las potencias reconocerían como emperador á Francisco de Lorena, que había sido elegido en

Francfort en septiembre de 1745; pero lo que ella más temía era que un nuevo documento consagrara los tratados anteriores que la despojaban. Por esta razón protestó contra el acuerdo anglo-francés, mas como no podía persistir sola en la lucha, pues aun con la ayuda de aliados había soportado á duras penas el peso de la guerra, al fin se resignó, y en 28 de mayo Kaunitz se adhirió á aquel acuerdo. España no se decidió hasta el 28 de junio.

La paz no satisfizo á nadie, excepción hecha de los holandeses que, reducidos al último extremo, quedaron encantados de la moderación de Luis XV. España se indignó de que Francia hubiese decidido una vez más de sus intereses sin advertirla anticipadamente; el rey de Cerdeña declaróse sacrificado á pretexto de que no obtenía sino ventajas insignificantes; María Teresa conservó el vivo resquemor de Silesia y anunció que tomaría el desquite, aunque en la empresa hubiese de perder su «zagalejo;» y en Inglaterra fueron muy grandes las quejas de los comerciantes y de los coloniales.

En Francia, en donde todo el mundo estaba cansado de aquella guerra ruinosa y sin salida, hubo al pronto una explosión de alegría, acudiendo las gentes presurosas á las casas de los amigos, á los espectáculos y á los paseos en busca de pormenores; y en Burdeos, cuando llegó el correo portador de la noticia de la paz, las multitudes famélicas que asediaban las panaderías pusieronse á bailar gritando: «¡La paz está hecha!» Mas pronto vino la reflexión y se comprendió que aquella paz había sido comprada con enormes sacrificios y todo el mundo opinó lo mismo que Mauricio de Sajonia escribió á Maurepás, desde los Países Bajos, en 15 de mayo de 1748:

«En materia de política no soy más que un charlatán y si la parte militar me obliga á veces á hablar de ella, no os presento mis opiniones como muy buenas; lo que creo saber y os aseguro es que los enemigos, vengan en el número que vengan, no pueden penetrar en este país y que me disgusta entregarlo, porque, á la verdad, es una buena tajada, y nos arrepentiremos de ello en cuanto hayamos olvidado nuestro mal presente.»

El mariscal fué compadecido porque la paz le había impedido marchar á tambor batiente sobre Nimega y vengar á Luis XIV con la humillación de Holanda (1). El vulgo decía «¡Estúpido como la paz!» y la gente refería el cuento de los cuatro gatos: decía que

(1) Y sin embargo el mariscal de Sajonia había sido objeto de muchas críticas, habiéndosele acusado de prolongar la guerra á fin de conservar su mando, de saquear á los enemigos, de compartir los beneficios de los asentistas y de hacer de los Países Bajos una especie de Perú para él y para sus hechuras. Si en esto hubo algo de verdad, bien castigado quedó el mariscal con la pérdida de todas sus conquistas y sin otro consuelo que ser proclamado el primer capitán del siglo y recibir de Luis XV la hacienda de Chambord, el título de mariscal general que antes ostentara Turana, una renta de cien mil escudos, una artillería tomada al enemigo y un regimiento de uhlanos para su guarda. En Chambord llevó la vida de un gran señor; se hizo construir allí un teatro capaz para mil ochocientos espectadores, tuvo trenes de caza admirables y hasta cuatrocientos caballos en sus caballerizas; compró tapices de los Gobelinos, cuadros, esmaltes de Petitot y vajillas de Palissy; vivió con cantatrices de la Ópera, y se extenuó en excesos que su edad no le permitía. De pronto supose que había muerto; tenía entonces cincuenta y cuatro años. El duque de Luyne refiere que falleció de una «fiebre continua con un infarto de la bilis en el hígado» (1750).

Luis XV había visto en sueños cuatro gatos que se peleaban, uno flaco, otro gordo, tuerto el tercero y ciego el cuarto, y que alguien le había explicado aquel sueño del siguiente modo: «El gato flaco es vuestro pueblo; el gato gordo, la corporación de los asentistas; el gato tuerto, vuestro Consejo; y el gato ciego, Vuestra Majestad que no quiere ver nada.» Los parisienses se disputaron el folleto *Les cinq plaies de la France (Las cinco plagas de Francia)*, que eran la Constitución, las Convulsiones, el Sistema de Law, Fleury y la paz de Aquisgrán, y admiraron la estampa de las cuatro Naciones, en la que Luis XV, agarrotado por las potencias, era azotado por la reina de Hungría, mientras Inglaterra aplaudía y decía Holanda: «Lo restituirá todo.»

La ejecución del compromiso contraído por Luis XV de expulsar al pretendiente sublevó á la opinión en masa. El príncipe, á quien se insinuó el ofrecimiento de un retiro en Suiza, no quiso saber nada de ello; gustábase París, en donde era muy conocido y popular, hasta el punto de que cuando entraba en la Ópera ó en la Comedia Francesa todo el mundo se ponía en pie, y muchos ingleses de ambos sexos hacían el viaje para venir á admirarle. Y precisamente fué á la puerta de la Ópera en donde, el día 10 de diciembre de 1748, varios oficiales y sargentos de las guardias vestidos de paisano se apoderaron de él cuando bajaba del coche, le quitaron la espada de la que quería tirar, lo ataron con cordones de seda y, como un cuerpo muerto, lo llevaron á la carroza que lo condujo á Vincennes. Carlos Eduardo gritaba que ni en Marruecos le habrían inferido tamaño ultraje. Aquella acción infame provocó un sentimiento de vergüenza y de asco, y en las paredes de Versalles se escribió: «Él, encarcelado es rey; ¿qué sois vos en el trono?»

CAPÍTULO IV

LA VIDA INTELECTUAL DESDE LA REGENCIA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO

I. Las ideas filosóficas y políticas. — II. Las ciencias. — III. La erudición. — IV. Las letras. — V. Las artes. — VI. Los salones

I. — Las ideas filosóficas y políticas (2)

Con la Regencia hase iniciado, en la esfera de las ideas filosóficas y políticas, de las ciencias, de las letras y de las artes, un movimiento general de los espíritus variado, libre, sin intenciones concretas y como una

(2) FUENTES: De Argensón y Barbier, ya citados. Voltaire, *Lettres Philosophiques* (en el t. XXXVII de las *Œuvres*, y ed. Lanson, t. I, 1909). Montesquieu, *De l'Esprit des Loix (Œuvres complètes, t. III, IV, V, VI)*; Barón de Montesquieu, *Mélanges inédits de Montesquieu*, Burdeos y París, 1892; Id., *Deux opuscules de Montesquieu*, Burdeos y París, 1891; Id., *Voyages de Montesquieu*, 2 vol., Burdeos, 1894; Id., *Pensées et fragments de Montesquieu*, Burdeos, 1899.

OBRAS DE CONSULTA: Aubertin, E. de Broglie (*Portefeuilles de Bouhier*), Jobez (t. I y IV), Michelet, Rocquain, de Wilt (*La Société française et la Société anglaise au XVIII^e siècle*), ya citados.

Berzot, *Études sur le siècle*, París, 1855, 2 vol. en 12.^o Brunetiere, *Études critiques sur l'histoire de la littérature française*, 3.^a serie, 5.^a ed. París, 1904, en 12.^o (el abate Prevost). Desnoiresterres, *Voltaire et la Société au XVIII^e siècle*, París, 1867-1876, 8 vol. en 12.^o. Faguet, *XVIII^e siècle; études littéraires*,

curiosa búsqueda de novedades. Hacia el 1750, algunos grandes libros como *L'Esprit des Lois* (*El espíritu de las leyes*), el primer volumen de la *Historia natural* de Buffón y sobre todo el tomo primero de la *Enciclopedia* y la formación del partido de los filósofos, señalan el comienzo de un nuevo período en el que se organiza la lucha contra las instituciones, ideas y creencias del Antiguo régimen.

En punto á ideas políticas y filosóficas, Francia adoptó la escuela de Inglaterra. Los primeros síntomas de esa conversión á las ideas inglesas se manifestaron en una sociedad de teóricos políticos fundada en 1724 por el abate Alary, ayo de los hijos del rey de Francia. Instalada en un piso de la plaza de Vendome, fué bautizada con el nombre de Club del Entresuelo y se compuso, en un principio, de unos veinte miembros que se reunían todos los sábados, de cinco á ocho de la tarde, y durante el verano celebraban sus sesiones en las terrazas del jardín de las Tullerías ó en alguna alameda apartada. Recibían las gacetas de Francia y de Holanda y los «papeles ingleses,» y en el club bebían té, gaseosa y licores. Era aquello una especie de «café de gente de bien.»

Cada conferencia se dividía en tres ejercicios de una hora: lectura y discusión de extractos de las gacetas; comunicación de las correspondencias sostenidas con el extranjero; y lectura de memorias políticas. Los señores de Balleroy y de Champeaux presentaban memorias sobre la historia de los tratados; el señor de Vertillac, sobre los gobiernos «mixtos» de Suiza y de Polonia; el señor de Plelo debió á sus investigaciones sobre las formas de gobierno la embajada de Dinamarca; el señor Pallú, relator del Consejo de Estado, leía estudios sobre la hacienda; el señor de Oby, una historia de los Estados generales y de los Parlamentos; el señor de Saint Contest, hijo, una historia contemporánea que arrancaba del tratado de Ryswyk; el señor de la Fautriere, una historia de la hacienda y del comercio, y el marqués de Argensón, además de redactar los extractos de las gacetas que se leían al comienzo de las sesiones, hacía disertaciones sobre derecho público en las que se adivinaba una vocación de filósofo y de ministro.

Pero el gran lector del club era su decano, el abate de Saint-Pierre, hombre excelente, enamorado del bien público y de una fecundidad inagotable en sistemas. En 1712 había acompañado á Utrecht á uno de los ne-

París, 1890, en 12.º. Janet, *Une académie politique sous le cardinal Fleury* («Sceances et travaux de l'Académie des sciences morales et politiques» 1865, 4.º trimestre, t. IV). Sorel, *Montesquieu*, París, 1887, en 12.º. Texte, *Jean Jacques Rousseau et les origines du Cosmopolitisme littéraire*, París, 1895, en 12.º. Barkhausen, *Montesquieu, ses idées et ses œuvres, d'après les papiers de La Brède*, París, 1907. Id., *L'Esprit des Lois et les archives de La Brède*, Burdeos, 1904. Vian, *Montesquieu, sa vie et ses œuvres*, París, 1878. Brunetiere, *Montesquieu* («Revue des Deux-Mondes», 1.º de agosto de 1887). Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*, t. VII (*Montesquieu*); t. XV (el abate Saint-Pierre). G. Lansón, *Voltaire*, París, Hachette, 1906 («Collection des Grands Ecrivains français»). Id., *Voltaire et les Lettres philosophiques* («Revue de Paris», 1.º de agosto de 1908). C. Collins, *Voltaire in England*, Londres, 1905. See, *Les idées politiques de Voltaire*, («Revue Historique», t. XCVIII, 1898). H. HARRISSE, *L'abbé Prévost, histoire de sa vie et de ses œuvres*, París, 1896. Leslie Stephen, *English thought in the XVIIIth century*, 2.ª ed., Londres, 1881, 2. vol. Bastide, *J. Locke, ses théories politiques et leur influence en Angleterre*, París, 1907.

gociadores franceses, y habiendo sido testigo de las dificultades de toda clase que retrasaban la conclusión de los tratados, escribió los tres tomos de un *Projet de paix perpétuelle* (*Proyecto de paz perpetua*). En castigo de un *Discours sur la polysynodie* (*Discurso sobre la polisynodia*), escrito en 1718 y en el que criticaba acerbamente el gobierno de Luis XIV, había sido excluido de la Academia francesa; sin embargo, los poderes públicos fueron indulgentes con sus escritos, que parecían «los ensueños de un hombre de bien.» El abate de Saint-Pierre fué, según se dice, quien creó la palabra «bien-faisance» (beneficencia).

Por él, la filosofía política del Entresuelo se enlaza con Fenelón, con la pequeña corte del duque de Borgoña, con Vaubán, con Boisguilbert y con Boulainvilliers. Esa filosofía política procede, al mismo tiempo, de los ingleses. El club contaba entre sus miembros al escocés Ramsay, discípulo de Fenelón, quien le había convertido al catolicismo (1); Bolingbroke frecuentaba también el Entresuelo, en donde los ingleses se hallaban como en su propia casa, y el embajador Horacio Walpole, después de la desgracia del señor Duque, en 1726, dió en él una conferencia sobre el interés que tenían Francia é Inglaterra en mantener su alianza recientemente concertada.

El Entresuelo no subsistió mucho tiempo. Fleury, después de haberlo protegido, acabó por considerarlo molesto. El abate Alary hacía de él «una especie de trofeo,» y sus colegas, muy atendidos en sociedad, eran aficionados á discutir sobre la política y la administración. «El Entresuelo se mete en demasiadas cosas y algunos extranjeros se quejan de ello,» dijo un día el Cardenal al abate. El abate de Saint-Pierre le acosaba con memorias por cualquier motivo. Finalmente, habiendo Alary pensado en complimentar á la reina á propósito de la expedición de Plelo á Dantzic, hablóse de reemplazarle cerca de los hijos del rey; Alary mostróse altivo en demasía y entonces se le destituyó de su cargo, y en 1731 dispersóse el Entresuelo.

La desaparición del club no perjudicó la propaganda en favor de las ideas inglesas. Los protestantes franceses de Londres, de Holanda y de Brandeburgo procuraban poner á Francia en comunicación con el espíritu de los países en donde se habían refugiado. En Londres, en la taberna del «Arco iris,» juntábanse sabios, teólogos, el historiador Thoiras y varios periodistas que redactaban periódicos. Armando de la Chapelle colaboraba en la *Bibliothèque raisonnée des savants de l'Europe* (*Biblioteca razonada de los sabios de Europa*); Desmazières publicó obras inéditas de Clarke, Newton y Locke; y Le Clerc dirigió tres «bibliotecas» sucesivas, desde 1686 á 1727 y fué el último continuador de las *Nouvelles de la République des Lettres* (*Noticias de la República de las Letras*), cuyo primer editor había sido Bayle. Esos publicistas, partidarios de Bacón, de Locke y de Newton, criticaban la filosofía de Descartes y daban á conocer las teorías inglesas sobre el gobierno. Rapin Thoiras publicó en 1724 una *Historia de Inglaterra* escrita en francés; en Amsterdam salió, desde 1717 á 1728, una *Biblioteca inglesa* y finalmente los refugiados

(1) La inspiración de Fenelón se encuentra en sus *Voyages de Cyrus* (*Viajes de Ciro*) y en su *Essai philosophique sur le gouvernement civil* (*Ensayo filosófico sobre el gobierno civil*).

traducían, á raz de su aparición, las principales obras literarias, como el *Gulliver* y el *Robinson Crusoe*.

Por otra parte, los escritores franceses más distinguidos visitaron Inglaterra. Voltaire desembarcó allí, en mayo de 1726, después de la enojosa siguiente aventura: el caballero Rohán-Chabot le había dado broma sobre su nombre preguntándole: «¿En definitiva, cómo os llamáis, señor Arouet ó señor Voltaire?»; «Señor caballero, respondióle Voltaire, vale más crearse un nombre que arrastrar el que se ha heredado.» Pues bien, un día en que Voltaire comía en casa del duque de Sully preguntaron por él, y al bajar á la puerta del palacio encontróse en presencia de «tres sujetos armados de bastones» «que le midieron los hombros y los brazos desvergonzadamente,» mientras el caballero, desde una tienda de enfrente, presenciaba «aquel frotamiento» y decía á gritos á los tres individuos: «No le deis en la cabeza, que todavía puede salir de ella algo bueno.» Voltaire se quejó á sus protectores, el duque de Sully, la señora de Prie, el duque de Orleans y Maurepás; pero los altos personajes de quienes era amigo no olvidaban su origen y no se curaban de defenderle contra un par suyo. En vista de ello, Voltaire aprendió esgrima y provocó á Rohán, por lo que fué encerrado en la Bastilla; al salir de la cárcel, partió para Inglaterra bien preparado para amar las instituciones y el espíritu de un país libre.

Durante los tres años aproximadamente de su permanencia en Inglaterra, aprendió el idioma inglés, que acabó por escribir á la perfección, y conoció á los más ilustres escritores ingleses. Á Pope, el más elegante y clásico de los poetas ingleses, debió la idea de sus *Discours sur l'homme* (*Discursos sobre el hombre*); gustáronle la fantasía y la ironía de Swift y la erudición crítica y revolucionaria de Bolingbroke; estudió las tragedias clásicas de Adisson y las de Dryden y sobre todo los dramas de Shakespeare, y se admiró de que sirvieran al Estado escritores como Prior, poeta y filósofo, á quien se confió una misión diplomática en Francia. Cuando murió Newton en 1727, Voltaire fué testigo de los honores que se tributaban á aquel hombre como recompensa á su genio. Huésped del «mercader» Falkener, que después fué embajador en Turquía, comprendió cuán injusta era la prevención que hacía en Francia se despreciase el comercio.

Su inteligencia, en la que tan intensa era la curiosidad, se enriqueció y ensanchó. Hizo un estudio sobre el newtonismo; aprendió la filosofía inglesa que se adaptaba mejor á su espíritu claro y práctico que la de Descartes y Leibniz, filósofos «arrastrados por ese espíritu sistemático que ciega á los más grandes hombres;» leyó á Bacón, «el padre de la filosofía experimental,» y fué especialmente discípulo de Locke. Este filósofo había publicado *Cartas sobre la tolerancia*, un *Ensayo sobre el Entendimiento humano* y un libro sobre la *Racionalidad del cristianismo*, y en la segunda de estas obras, publicada en 1690, destruía la teoría de las ideas innatas y enseñaba que todas las ideas nacen de la sensación y de la reflexión y que el estudio del alma debe prescindir de la metafísica.

En lo que toca á la religión, los ingleses hallábanse divididos en dos campos: los creyentes y los simples deístas; pero estos últimos conservaban un espíritu reli-

gioso y cristiano. Locke creía en Dios, causa necesaria del mundo, reconocía en Jesucristo al Mesías, y se lamentaba de que las Sagradas Escrituras, resplandecientes de verdad, hubiesen sido oscurecidas con misterios por el pedantismo teológico. En 1730, Tindal publicó *El cristianismo tan antiguo como la creación, ó el Evangelio como reproducción de la religión natural*. Entre los ortodoxos, Berkeley hizo célebre por su sistema de idealismo absoluto, y Clarke, discípulo de Newton, defensor del libre arbitrio y de la inmortalidad del alma, fué «autor de un libro bastante poco entendido, pero estimado, sobre la existencia de Dios, y de otro más inteligible, pero bastante menospreciado, sobre la verdad de la religión cristiana.»

Estas últimas palabras son de Voltaire, á quien di-



Jonatán Swift. Copia de un grabado de Bolt

vertía el espectáculo de aquella vida intelectual intensa y llena de contradicciones. Es verdad que no aprendió en Inglaterra el escepticismo que profesaban en Francia Bayle, Fontenelle y la Sociedad del Temple y que, por otra parte, la influencia de aquel país no fué bastante poderosa para imponerle ese respeto del espíritu religioso que los deístas ingleses profesaban; pero sus sentimientos y sus ideas se aclararon y fortalecieron con su permanencia en Inglaterra y con sus estudios filosóficos sobre Bacón, Locke y el newtonismo, al que denominó «la gran novedad inglesa.»

De regreso en París, en febrero de 1729, Voltaire reveló Inglaterra á los franceses. Grimm ha dicho que en Francia, á principios del siglo XVIII, se creía que todos los que no eran franceses «comían heno y andaban á cuatro patas;» pues bien, á mediados de aquel siglo, muchos franceses sabían el inglés y admiraban á Inglaterra, siendo en este punto los más de ellos discípulos de Voltaire, quien, en 1733, publicó sus *Lettres philosophiques* (*Cartas filosóficas*) ó más bien sus *Lettres sur les Anglais* (*Cartas sobre los Ingleses*), en las que establecía un parangón entre las dos sociedades francesas é inglesa, para gran confusión de la primera. Inglaterra es el país de la tolerancia y de la libertad de pensar: «Un inglés, á fuer de hombre libre, va al cielo por el camino que más le agrada.» Los abusos de que padece Francia no son allí conocidos: «Un hombre, por el hecho de ser noble ó sacerdote, no está exento de pagar ciertos impuestos; todos los impuestos son

determinados por la Cámara de los Comunes que, siendo la segunda en categoría, es la primera en autoridad.» No hay allí impuesto arbitrario: «El aldeano no tiene los pies maltratados por los zuecos; come pan blanco, va bien vestido, no teme aumentar el número de sus ganados ni cubrir su techumbre con tejas por miedo de que al año siguiente le suban las contribuciones.» A estas consideraciones y comparaciones mezclaba impertinencias contra la religión y burlas sobre todas las materias, por ejemplo, sobre la inmortalidad del alma, citando la frase en que Locke insinúa que bien pudiera ser que el alma fuese material: «Quizás nunca seremos capaces de conocer si un ser puramente material piensa ó no,» y añadiendo por su cuenta: «La razón humana es tan poco capaz de demostrar por sí misma la inmortalidad del alma, que la religión se ha visto obligada á revelárnosla.» *Las Cartas filosóficas* fueron condenadas, en junio de 1743, á ser quemadas, teniendo entonces Voltaire que refugiarse en Cirey, cerca de Chaumont, en casa de su amiga, la marquesa del Chatelet, en donde tenía muy próxima la frontera lorenesa. Sostuvo correspondencia con sus amigos de Inglaterra y dedicó su *Brutus* á Bolingbroke y su *Zaire* á Falkener. En el *Brutus* (1730) y en la *Mort de César* (*Muerte de César*) (1735) imitó el tono de las tiradas shakespearianas y declamó contra la tiranía, y fué en Francia el gran propagador del newtonismo.

Por aquel mismo tiempo, un novelista y periodista, el abate Prevost, explicaba al público las costumbres de Inglaterra, en donde permaneció cuatro años, desde 1727 á 1731. Debió su celebridad á una novela, *Manon Lescaut*, publicada en 1731; pero la mayoría de sus obras, *Mémoires et aventures d'un homme de qualité qui s'est retiré du monde* (*Memorias y aventuras de un hombre de calidad que se retiró del mundo*), y *Cleveland*, describen y ensalzan á Inglaterra, Londres y sus cafés, que «son como el domicilio de la libertad inglesa,» los combates de boxe, la libertad y el espíritu de tolerancia. «Los ingleses han reconocido que la coacción es un atentado contra el espíritu del Evangelio; saben que el corazón de los hombres es el dominio de Dios.» De regreso en Francia, fundó Prevost un periódico, *Le Pour et Contre* (*El Pro y el Contra*), especie de revista enciclopédica en la que prometía insertar en cada número «alguna particularidad interesante referente al genio de los ingleses y aun traducir á veces las más bellas escenas de sus obras teatrales.» Aquel periódico duró desde 1733 á 1740. Prevost tradujo obras filosóficas y novelescas inglesas, por ejemplo, las novelas de Richardson, *Pamela*, *Clarissa*, *Grandisson*, que por lo patéticas y reales habían de emocionar á Diderot, á Rousseau y á su generación.

El escritor y pensador político más grande de aquel período fué el autor de las *Lettres persanes* (*Cartas persas*). Montesquieu ambicionaba entrar en la carrera diplomática, ya que, según él mismo decía, «no era más estúpido que otro cualquiera,» y desde 1728 á 1732 viajó para instruirse en las costumbres y en los usos de las naciones. En compañía de un embajador de Jorge II, lord Waldegrave, que era amigo de su familia, fué á Austria, en donde visitó á ilustres personajes, como el príncipe Eugenio y Stahrenberg; en Venecia

encontró aventureros célebres, como Law y el conde de Bonneval; en Lombardía fué recibido por los Borromeos y en Turín por Víctor Manuel, y en Roma conoció al Padre Cerati, con quien después sostuvo correspondencia. Nada era indiferente á su espíritu curioso; tomaba notas sobre el comercio, la industria, la agricultura, las obras públicas, las minas y las construcciones navales; sobre la servidumbre en Hungría y sobre las obras de arte en Italia; y cuando desembarcó en Inglaterra estaba perfectamente preparado para hacer comparaciones.

Allí sintió que respiraba más libremente que en ninguna parte.

«Inglaterra, dice en sus notas, es al presente el país más libre que existe en el mundo, sin exceptuar ninguna república; y le llamo libre porque el Príncipe no tiene poder para causar ningún perjuicio imaginable á quienquiera que sea, porque su poder está intervenido y limitado por un acta... Aunque un hombre, en Inglaterra, tuviese tantos enemigos como cabellos en la cabeza, nada le sucedería por ello.»

En la admiración de los franceses por los ingleses, había una exageración con la que los propios ingleses se divertían: «Nosotros podremos ser juguete de la política francesa, decía Walpole, pero los franceses son diez veces más necios que nosotros porque se dejan engañar por nuestras virtudes.» Montesquieu no fué del todo víctima de tal engaño, puesto que vió perfectamente que el mundo político estaba muy corrompido: «Aquí el dinero es amado soberanamente, ha dicho; el honor y la virtud lo son poco.» Pero agradóle el espectáculo de una nación libre, en donde todos tenían una opinión política, de tal manera, que se veía á muchos pizarrosos hacerse llevar «la gaceta á los tejados para leerla.»

A su regreso de Inglaterra Montesquieu había adoptado el partido de ser, como él mismo ha dicho, «un escritor político,» y su primer ensayo fueron las *Considerations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* (*Consideraciones acerca de las causas de la grandeza de los Romanos y de su decadencia*) que se publicaron en 1734. Es esta una obra de crítica insuficiente, en la que Montesquieu acepta los relatos legendarios de los primeros tiempos de Roma y no se ocupa de la organización financiera del Estado, ni sospecha la importancia de la religión en la ciudad antigua; siguiendo el ejemplo de Bossuet, vuelve á hacer el análisis de las virtudes romanas é imita el tono sentencioso de Tácito y de Floro. Las *Consideraciones* tienen cierto aspecto de un trozo de aparato clásico; pero en ellas se encuentran, por lo menos, reflexiones profundas y penetrantes y una especie de emoción sincera y grave ante la grandeza romana.

Las *Consideraciones* vienen á ser como un capítulo desprendido del gran libro que se publicó en 1748, *L'Esprit des Lois* (*El Espíritu de las Leyes*). Montesquieu llama «espíritu de las leyes» á las relaciones que éstas guardan ó han de guardar con la constitución de cada gobierno, con las costumbres, el clima, la religión, el comercio, etc. En efecto, «las leyes, dice, son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas;» y expone esas relaciones en una serie de libros por decirlo así paralelos, porque ni dependen unos de otros ni se enlazan entre sí. La obra es una colección

de observaciones y reflexiones hechas durante veinte años sobre los hombres y las cosas, clasificadas tardíamente en cortos apartes y enlazadas con visible dificultad. Pero aunque la intención y el plan del autor son oscuros, los contemporáneos de Montesquieu retuvieron las teorías de éste sobre los tres gobiernos y sobre sus principios: el honor en la monarquía, el temor en el despotismo y la virtud, es decir, el amor á la patria y la práctica de la igualdad y de la frugalidad, en la república. También retuvieron la descripción del carácter de los ingleses y el elogio de su constitución, que Montesquieu presentaba como el ideal de una monarquía liberal y aristocrática: realeza sostenida y contenida por cuerpos intermedios, nobleza, clero y magistratura; dos cámaras representantes, la una de los privilegiados y la otra del resto de la nación; el rey servido por ministros responsables, inviolable y armado del derecho del veto. Y aplaudieron sus protestas contra la esclavitud y contra la tortura y sus ideas sobre la tolerancia y sobre la necesidad de la educación por el Estado en el gobierno republicano. Fué entonces una gran novedad haber opuesto al concepto cristiano y eclesiástico, magníficamente expuesto por Bossuet en el *Discurso sobre la Historia universal*, una filosofía laicizada de la historia en la que la actividad humana se adapta á la naturaleza y en la que están indicadas las relaciones de la historia política con la historia natural.

El Espíritu de las Leyes fué atacado por los jansenistas y por los jesuitas y denunciado á la Asamblea del clero; hicieron de él veintidós ediciones en diez y ocho meses y fué traducido á todos los idiomas. Durante todo el final del siglo se publicaron críticas y análisis razonados de ese libro, que Condorcet comentará; y aunque serán pocos los hombres de la Revolución que tengan el mismo ideal de Montesquieu, todos invocarán con respeto su autoridad y tomarán de él citas y ejemplos. Los «filósofos,» con todo y criticarle algunas veces con gran vehemencia, le reconocieron como maestro; pero Montesquieu se diferenciaba de la mayoría de ellos por el espíritu de moderación en él innato y que, en su concepto, era el que convenía al legislador. No censuraba con exceso la religión, y si era severo con los «devotos,» en cambio «le encantaba creerse inmortal como el mismo Dios;» y como buen ciudadano, amaba el gobierno bajo el cual había nacido, pero sin temerle ni creer que fuese inmutable. Había en su carácter ciertos rasgos antiguos, como el cuidado de su dignidad, la urbanidad, el culto á la amistad, la moderación en sus ambiciones, la ecuanimidad, el gusto por los esparcimientos y el estudio en la paz de los campos. Su residencia predilecta era su heredad de La Brede, en donde vigilaba el cultivo de sus campos y de sus viñedos. Y un retrato que de él se conserva induce á pensar que aquel francés del siglo XVIII, ingenioso y serio, se había propuesto como modelo Cicerón.

II.—Las ciencias (1)

Hasta el año 1730, la física de Descartes compartió la celebridad de su filosofía; la sociedad culta creía en

(1) FUENTES: Fontenelle, *Œuvres complètes*, París, 1825, 5 vol. en 8.º. Voltaire, *Œuvres*, t. XXXVII (Ensayo sobre la

los tres elementos, terrestre, celeste y solar, y en los torbellinos etéreos que arrastraban los planetas, sin que éstos tuvieran un movimiento propio, y las damas estudiaban astronomía en los *Entretiens sur la pluralité des mondes* (*Pláticas sobre la pluralidad de los mundos*), del cartesiano Fontenelle (2) que llegó al apogeo de su celebridad en tiempo de Fleury. Fontenelle vulgarizaba la ciencia en los *Elogios* que hacía de sus colegas, en su calidad de secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, y sus retratos de académicos tienen mucha vida; exponía exactamente, claramente, en tono sencillo y grave las más elevadas teorías científicas, las más sutiles deducciones, y hacía amar la ciencia porque él de verdad la amaba. Parecía una gran prueba de la superioridad de los modernos el hecho de que éstos cultivaran la ciencia que los antiguos habían casi ignorado; y la libertad de su espíritu que no respetaba más la antigüedad cristiana que la pagana, valióle el título de «ministro de la filosofía» que le otorgó Voltaire. Fontenelle, por lo demás, dió el ejemplo de la falibilidad de la filosofía con su fidelidad al sistema cartesiano de la construcción del mundo.

Entretanto, el newtonismo iba tomando posiciones, como lo expone Voltaire en sus *Cartas filosóficas*:

«Un francés que llega á Londres, dice, encuentra las cosas muy cambiadas, así en filosofía como en todo lo demás. En París se ve el universo compuesto de torbellinos de materia sutil; en Londres no se ve nada de esto. En nuestro país, la presión de la luna es la que determina el flujo del mar; entre los ingleses, es el mar el que gravita sobre la luna. Según vuestros cartesianos, todo se realiza por un impulso cuya causa no se comprende; según el señor Newton, se trata de una atracción cuya causa no se comprende tampoco. En París os figuráis la tierra hecha como una bola; en Londres es achatada por los dos costados. Para un cartesiano, la luz existe en el aire; para un newtoniano, viene del sol en seis minutos y medio. Aquí tenéis algunas serias contradicciones.»

Newton hacía extensiva á las relaciones de los cuerpos celestes entre sí la ley que hacía gravitar los cuerpos hacia el centro de la tierra y enseñaba que en el Universo todo sucede como si aquellos cuerpos celestes

naturaleza del fuego), t. XXXVIII (Elementos de filosofía de Newton; Dudas sobre la medida de las fuerzas motrices).

OBRAS DE CONSULTA: Desnoiresterres (*Voltaire et la Société*), Fagnat (*XVIII^o siècle*), Jobez (t. IV), Michelet (t. XVI), ya citados. Bertrand (José), *L'Académie des sciences et les académiciens de 1666 à 1793*, París, 1869. M. Cantor, *Vorlesungen über die Geschichte der Mathematik*, 2.ª ed., Leipzig, 1901, en el tomo III. Marie, *Histoire des sciences mathématiques et physiques*, París, 1886, en el tomo VII. Mach, *Die Mechanik in ihrer Entwicklung historisch-kritisch dargestellt*, 4.ª ed., Leipzig, 1901. Lange, *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart*, 6.ª ed., Leipzig, 1898. Cournot, *Considérations sur la marche des idées... dans les temps modernes*, 2 vol., París, 1872. Tannery, *Les sciences en Europe, 1715-1789*, en el tomo VII de la *Histoire Générale du IV^e siècle à nos jours*. Lorient, *Voyages des astronomes français à la recherche de la figure de la Terre et de ses dimensions*, Lila, 1890. Maigrón, Fontenelle, *l'homme, l'œuvre, l'influence*, París, 1906. Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*, t. III (Fontenelle) y XIV (Maupertuis). Dubois Reymond, *Voltaire physicien* («Revue des cours scientifiques...» 1868). G. Pellissier, *Voltaire philosophe*, París, 1908. L. Bloch, *La philosophie de Newton*, París, 1908.

(2) Véase pág. 537 del tomo anterior.